BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES OFICIALES

I

Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes, por Luis Morales Oliver

(Un volumen de 360 páginas en 8.º menor. Editorial Voluntad.—
Madrid, 1927.)

PERTENECE este libro a la simpática Colección "Hispania", eficaz divulgadora de asuntos históricos en forma amena y atractiva. No pretende su autor revisar ni aun enmendar la ya consagrada biografía del gran polígrafo extremeño, que está al alcance del público estudioso merced a los trabajos de don Tomás González Carvajal y don Carlos Doestsch, publicados en 1832 y 1920, respectivamente. Puesta aparte la actividad científica de Arias Montano, aparece también su nombre en un episodio político de su tiempo: el levantamiento separatista de los flamencos contra Felipe II, y ello da ocasión al señor Morales Oliver para el examen minucioso de este poco estudiado aspecto de la vida del gran teólogo.

Antes de entrar en el asunto propiamente histórico, esboza el autor el que denomina *idearium* político de Arias Montano, que no difiere, en verdad, del que solían

profesar los filósofos españoles de su tiempo. Las severidades del dogmatismo escolástico, heredado de la Edad Media, hallaban difícil adaptación práctica a los complejos problemas que durante período tan crítico se plantearon. Imponíanse a cada paso transacciones, coonestadas con mayor o menor habilidad, pero poco respetuosas casi siempre para las normas del Derecho público, cuando no para las de la ley natural, donde lo ético predomina sobre lo jurídico; y así, nuestros grandes moralistas de entonces, sin llegar nunca al desenfadado pragmatismo de Maquiavelo, se nos muestran más o menos influídos por los apotegmas renacentistas, de inequívoca estirpe pagana, cuya aplicación culmina en el modelo de Príncipe exaltado por el diplomático florentino.

Hombre de tan vasta cultura y privilegiado entendimiento como Arias Montano no podía carecer de ideario político; pero el que revelan estas páginas no permite atribuirle dotes de observador genial, capaz de adelantarse a sus coetáneos en la visión exacta de la realidad, sin el auxilio de la perspectiva cronológica. Era harto inteligente para que sus dictámenes acerca de los sucesos políticos que contemplaba de cerca no fueran tenidos en cuenta por los gobernantes con quienes mantenía comunicación oral o epistolar, Alba y Requesens en Flandes, el secretario Zayas y el propio Felipe II, en Madrid. Pero no fué más clarividente que ellos, ni parece probado que su intervención en la política pasase nunca del informe oficioso y circunstancial.

Encargado por el Rey de editar la Biblia Políglota, que había de imprimir Plantino de Amberes, llega

Arias Montano a Flandes en 1568, cuando la política de represión, encomendada al Duque de Alba pocos meses atrás, comienza a producir los fugaces resultados que en trances parecidos se observan siempre. La lenidad de Margarita de Parma había franqueado camino a todas las audacias. El férreo puño del Duque, asistido de fuerza suficiente, sojuzgó durante algún tiempo a los enemigos de España. Arias Montano aplaude la “manere fuerte”.

Pero transcurren los años; fracasa en Flandes, como indefectiblemente dondequiera en casos tales, el método coactivo, y el año 1573 escribe ya Arias Montano estas palabras, tan parecidas a las que, en circunstancias análogas, se vienen escuchando desde entonces acá, a propósito de Nápoles o de Portugal, de la América continental, de Cuba y Filipinas, de Cataluña o de las Vascongadas...

“Esta no es materia de conquista de enemigos, en que se ha de ganar honra de hazañas bélicas, sino apaciguamiento de guerras civiles causadas por culpa de quien Dios sabe, y asentamiento de paz y reducción de los vasallos a su Rey, y de los hijos a su padre, y de los enfermos a sanidad, y de locos a cordura, y de buenos a paz y sosiego y seguridad, y de errados en la religión a la verdad della y al bien de sus ánimas, y esto se puede hacer con tratar a los hombres como hombres, y a los cristianos como cristianos, y a los buenos como buenos, y a los nobles y caballeros como tales, y ganarlos a todos a costa de buenas palabras y buenos rescibimientos y despedidas, y de bonetadas cortesés, principalmente siendo el uso de la tierra, en lo cual esto es punto y lo demás no lo es, sino materia de murmuración y abo-

minación y mala voluntad y maledicencia contra los Ministros y contra la nación española.”

En otros pasajes de sus cartas enumera Arias Montano con loable sinceridad los yerros políticos que, a su parecer, cometió allí el Poder público. Su lectura es aleccionadora, porque no difieren apenas esos yerros de los arbitrios que todavía hoy se preconizan como más adecuados para la resolución de problemas de análoga índole, aunque por fortuna mucho menos enrevesados y difíciles que el flamenco.

Este que se planteó a España durante el siglo xvi era, en verdad, insoluble. La divergencia religiosa entre las provincias del Norte y las del Sur de Flandes, no fué sino la faceta más visible a la sazón de la absoluta incompatibilidad para la convivencia política de unas y otras, que tenía raigambre histórica y había de perdurar secularmente. Más de dos siglos después, vicisitudes europeas volvieron a juntar bajo un solo cetro, no ciertamente tan lejano ni tan personal como el de Felipe II, a Bélgica y Holanda. Tampoco entonces pudo subsistir la unión, y desde 1830 acá se han multiplicado y extremado, lejos de enervarse, las energías disociadoras, contra las que lucharon ya en vano nuestros gobernantes del siglo xvi.

El libro del señor Morales Oliver añade pocos quilates a la gloria póstuma de su biografiado, sólidamente asentada de antiguo sobre actividades intelectuales muy ajenas a la política. Pero es muy estimable como estudio histórico; utiliza datos en su casi generalidad conocidos, para iluminar mejor un interesante episodio de la vida nacional, y está escrito con corrección, claridad y amenidad.

El académico que suscribe es de parecer que se informe favorablemente este libro a los efectos del artículo 1.º del Real Decreto de 1.º de julio de 1900.

La Academia resolverá lo más acertado.

Madrid, 30 de noviembre de 1928.

GABRIEL MAURA GAMAZO.

Aprobado por la Academia en sesión de 7 de diciembre.